

EL DESAFÍO AL TURISMO

LA acción violenta de ETA contra las zonas turísticas españolas, disparada en el momento preciso en que comienza la ola turística del verano, puede tener consecuencias bastante graves. Hay, en primer lugar, unos cientos de miles de personas que viven durante todo el año directamente del trabajo relacionado con el turismo. Son zonas pobres, sobre todo en Andalucía, tan eternamente desasistida por los sucesivos Gobiernos, agricultura difícil, industria escasa, y un paro que si algo se alivia en estos dos, tres meses de verano. Muchas familias viven todo el año del trabajo de esta temporada. Mal. Los beneficios del turismo, como se sabe —ya la huelga de hostelería de Semana Santa lo recordó—, son desproporcionados en el reparto. Había ciertas esperanzas, este año, de que la abundancia de Ayuntamientos con alcalde socialista, con mayoría de izquierdas, comenzara a reflejarse en este reparto. Esperanzas, desde luego, no muy firmes. Toda la estructura del turismo del Sur es irregular, más bien disparatada. Harían falta muchos años, y no sólo una política municipal, sino sobre todo estatal, para una mejor ordenación.

TODAS estas familias se van a ver directamente afectadas. El turismo es especialmente sensible al riesgo: quienes lo practican buscan precisamente una relajación de las tensiones del año y huyen con facilidad de cualquier riesgo. La ETA tiene credibilidad en el terreno de las amenazas: se sabe bien cuál es su carrera. Las amenazas, las primeras bombas hasta ahora incruentas, tienen una recepción y una ampliación inmediata. La tradicional susceptibilidad española atribuye desde antiguo ciertas campañas contra el turismo español a las clásicas



“conjuras” o “conspiraciones”; hasta la huelga de otros años de los controladores aéreos franceses se ha querido ver como inspirada por esas acciones. No hay que caer en esto, pero sí hay que saber que la industria del turismo, como cualquier otra, sufre de una fuerte concurrencia: lo que otros países puedan hacer por desviar el turismo de España y atraerlo hacia ellos mismos pertenece a ese terreno económico. Por otra parte, los medios de comunicación tienen la estricta obligación de advertir en cada país, a sus ciudadanos, de lo que sucede. Con todo ello, parece que el tráfico automóvil de Francia a España ha sufrido una reducción de un cuarenta por ciento, con respecto al año anterior. Aun así, las filas de coches en las aduanas, en sábado y domingo, eran importantes. No es sólo turismo extranjero el que disminuye, sino también el interior. La respuesta inevitable que se está dando es la de aumentar la vigilancia, pero tampoco el turismo se favorece con ello. Controles de carreteras o abundancia de Policía y Guardia Civil en los lugares de veraneo son también un indicio para el turista de que algo pasa.

NO disminuycamos el problema a su aspecto directo y hasta demagógico, de señalar el daño para las familias obreras de las costas: es un daño grave para el Estado. El turismo extranjero está calificado como nuestra mejor exportación —“exportación invisible”—, nuestra industria nacional, nuestra primera entrada de divisas. Una crisis en el turismo, en este año y en los sucesivos, es decisiva en una economía tan débil como la española. Sobre todo si se une, como en estos momentos, a una elevación considerable de los precios de la energía, a partir de la decisión de la OPEP en Ginebra; y se multiplica con un regreso a una situación inflacionaria como consecuencia de nuevas alzas de precios y de las necesarias subidas de salarios. Todo ello tiene también un efecto de reverberación sobre el turismo hacia España, puesto que los turistas encuentran también mermada su economía original: ya Francia acaba de subir el precio de la gasolina. Y es inevitable que los extranjeros que llegan a España se encuentren con precios más elevados que en el año anterior. Notemos que el turismo que viene no es especialmente rico. Los intentos para invertir la clase social de nuestros visitantes —menos cantidad, pero con mayor capacidad de gasto— no han dado todavía resultados apreciables. Se trabaja con un turismo barato, de clases medias bajas, que vienen con precios muy ajustados; las variaciones en la inflación española y en la de sus países de origen les influyen mucho. Se está haciendo por parte de países de otra área económico —especialmente Rumania, Yugoslavia, Bulgaria...— un esfuerzo



Lugar de Torremolinos (Málaga) donde la Policía hizo estallar una carga colocada por ETA.

INVENTO DEL MANDARIN

MOTIVOS de desacuerdo" es una linda expresión. Vivimos en tiempos de semántica, en tiempos de semánticos. Quizá una de las escasas finuras de "Holoocausto" es el irresistible ascenso del joven Dorf a base de semántica: desde el primer capítulo, cuando encuentra los eufemismos que Heydrich es incapaz de encontrar para sus planes, hasta el último, en el que se permite corregir a Himmler, que habla con demasiada crudeza de la exterminación de judíos: "Reasentamientos", dice Dorf; y parece que dentro del caos, la miseria y la catástrofe, regresa el orden y la calma. Probablemente, el III Reich brilló a gran altura en esta vía. Tuvo hallazgos extraordinarios, como el de llamar a los retrocesos, a las pérdidas de terreno en la guerra, "avance elástico sobre la retaguardia".

España recibió pronto la impregnación. La conservó durante todo el régimen anterior, al que servía perfectamente. Y encuentra su auge en la democracia. No olvidemos que la democracia española es, sobre todo, un régimen semántico, no sólo en lo meramente verbal: hay también una semántica de las actitudes. Que todo tenga un nuevo vocabulario siendo siempre lo mismo; que las gentes crean que hacen una vida distinta haciendo la misma. Poner nombres nuevos a las viejas cosas, buscar fórmulas lingüísticas para actitudes antiguas. El partido del Gobierno tiene numerosos jóvenes Dorf —en un sentido, naturalmente, incruento— que hacen prodigios con el lenguaje. La oposición no está excluida: el hallazgo semántico de los "poderes fácticos" fue admirable.

"Motivos de desacuerdo" es la última —hasta ahora— de estas *trouvailles*. Habrá más. Es un destino de este régimen, quizá de este mundo: llamar las cosas y los hechos de una forma menos dura, que disfraza las realidades, que no las evoque. Que la palabra sea en sí un fin, en lugar de un medio.

Hay un doble filo. La gente termina por no entender, y ese es el filo positivo, puesto que se trata de que no se entienda nada demasiado bien. Es una de las grandes sutilezas de esta utilización de la semántica: que se entienda algo sin que se entienda todo, decir las cosas y al mismo tiempo no decir las.

La parte negativa del filo es la misma: que la gente termine por no entender, y, por lo tanto, se desentiende. Se aleja, se olvida. Cierra sus receptores, cambia cuando puede el canal de la televisión, tira con alguna rabia su periódico. Lo que está haciendo en ese momento es objeto de un nuevo eufemismo: rápidamente se va a llamar "desencanto". Y entonces los grandes semánticos se aplican a encontrar un vocabulario que sirva para atraer otra vez a la gente —sacarla del desencanto—, pero sin que participe demasiado, siempre que no llegue a entenderlo todo.

Advirtamos que es una posición invertida con respecto a la de los escritores bajo cualquier censura. Los escritores buscan una semántica que les permita ser entendidos por los más, pero que escape a los códigos de lenguaje de la clase dirigente. Los grandes semánticos de la política tratan, por el contrario, de ser entendidos por las élites y no ser entendidos por el pueblo. Están teniendo un éxito extraordinario. Como en la vieja China, están creando poco a poco un lenguaje diferente: el mandarín. Que fue, probablemente, una de las causas del hundimiento de la vieja China. ■

POZUELO

Vecinos de un inmueble de Fuengirola evacuados en la madrugada por amenaza de bomba.

considerable para atraer ese turismo barato al que ofrecen "sorpresas" y, desde luego, seguridad. Y buenos precios.

TODO esto es obvio, y la ETA no sólo no lo desconoce, sino que lo utiliza en el momento oportuno. Se sabe cuál es la contracción de la moral revolucionaria: el argumento de los trabajadores dañados no ha influido nunca en una acción de ese tipo. Lo que importa es el desafío al Estado y la capacidad de dañarle. Si ese Estado se identifica en estos momentos con una determinada forma de democracia, con un intento de transición; y si todo ello está en riesgo, son factores que tampoco cuentan. Este tipo de revolucionarismo opera siempre con valores abstractos y deshumanizados (pone su humanismo en una lejanía histórica). Por la misma razón que no tiene en cuenta el ser humano, la familia, la vida que hay detrás de un atentado, sino la abstracción del uniforme que lleva ese ser humano y el efecto que va a causar en otros portadores del mismo uniforme, tampoco tiene en cuenta los dramas que va a causar en un grupo social —el de los trabajadores de turismo— y en toda la sociedad la posibilidad de que se cause un colapso. Lo que tiene en cuenta es su guerra contra ese Estado.

COMO el aspecto psicológico de la cuestión. Uno de los peores aspectos de esta lucha es el crecimiento de un sentimiento antivasquista en todo el país un país que lucha en su colectividad y en sus distintas regiones por encontrar una situación más justa y que se siente despreciado y agredido, inevitablemente dañado, por el grupo vasco que realiza estas acciones: ni tan reducido ni tan aislado del conjunto del País Vasco como se trata de hacer ver. Para el terrorismo emanado de ETA, ese factor de separación creciente de la opinión pública del conjunto de España de las acciones que atribuye al pueblo vasco es un triunfo: es una acentuación del "factor diferencial".

PRÁCTICAMENTE todos los partidos, todas las personalidades públicas coinciden en acentuar la sensación de que el problema vasco es el más grave que tiene el país. Este nuevo desafío del terrorismo de ETA aumenta más, si cabe, la dificultad de encontrar soluciones para ese problema. No vemos, por otra parte, que el Gobierno las haya encontrado todavía. Las retrasa, las disfraza, las difiere. No es buena táctica. El tiempo, como se viene demostrando desde hace años, no hace más que aumentar la condición de escalada del problema. Si llega a ocurrir lo que los terroristas provocan, una radicalización total de los fanatismos en pro y en contra, el problema se habrá elevado a la categoría de tragedia. ■